

Transformaciones morfológicas de la Ciudad de México

*Daniel Hiernaux-Nicolas**

Introducción

Durante los años ochenta y buena parte de los noventa, los estudios urbanos se caracterizaron por ofrecer visiones fraccionadas de la ciudad. Quizá este proceso tenga que ser relacionado con el desuso de los grandes discursos ideológicos, los cuales pretendían, por medio de afirmaciones muy globales y generalizadoras, construir una visión particularmente clara –aunque en buena medida falsa– de la cuestión urbana.

Por otra parte, el predominio de las visiones fraccionadas puede ser relacionado con un cierto sentimiento de incapacidad para aprehender en forma integral lo urbano que cada vez es más complejo, situación que no ha podido tampoco ser resuelta con la parafernalia cuantitativa propia de nuestra era tecnológica a ultranza (Hiernaux, 2003a).

Ciertamente las visiones parciales y los estudios de caso siguen teniendo gran peso en los estudios urbanos, en particular porque los enfoques recientes de corte sociocultural aplicados al estudio de la ciudad, así como la reivindicación de las dimensiones micro

* Profesor-investigador. Departamento de Sociología; coordinador de la licenciatura de Geografía Humana, UAM-Iztapalapa, miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Dirección electrónica: danielhiernaux@yahoo.com.mx o hiernaux@geo.izt.uam.mx

de la vida cotidiana por algunos sectores de las ciencias sociales, nos ofrecen nuevas visiones más concretas y a la vez más ilustradoras de la riqueza de la vida urbana actual. Es así como François Laplantine (2003:9) reconoce que "...lo pequeño se impone a mí hoy como una exigencia del conocimiento preciso". En otro contexto, el libro *En casa: los territorios de la intimidad* (Serfaty-Garzón, 2003) remite también a la necesidad de repensar el habitar en un sentido complejo, del cual la dimensión filosófica-psicológica no se excluye, sino todo lo contrario.

A pesar de nuestra afinidad con esta temática, que sería fácilmente nuestro envío liminar en otro contexto de escritura, en esta ocasión dedicaremos estas páginas a recobrar la capacidad de reencontrar una aproximación global de la ciudad: la posibilidad de construir una visión integral de la ciudad depende en buena medida de nuestra capacidad para asociar procesos en curso en diversos ámbitos, tanto territoriales particulares, como campos de actividad urbana y asociarlos con la trama temporal de por lo menos los últimos veinte años.

En este sentido, el análisis a partir del espacio –propio de la geografía– aporta una visión transversal que se antoja particularmente útil, en la misma forma que el historiador urbano invita a valorizar la evolución temporal de los procesos. En este contexto, entonces, nos interesa abordar la complejidad de la ciudad actual, por medio del entendimiento de su morfología. Dicho de otra manera, para poder reinterpretar la ciudad desde una perspectiva integradora, una vía posible es hurgar en las complicaciones mismas de su morfología, a partir de la cual nos será posible entender la trama societaria que, a su turno, aporta parte de la explicación de la ciudad.

Esta propuesta metodológica remite entonces a una posibilidad señalada por la geografía (aunque no todos los geógrafos comparten este punto de vista), de un estudio de la forma que permite reconstruir el actuar y la estructura social; la justificación de este enfoque es que el espacio, lejos de ser un simple continente o un reflejo amorfo de la sociedad, se engarza con ésta para producir morfologías socioespaciales dignas de nuestra atención y capaces de desnudar las complejas relaciones (en gran o pequeña escala) entre la sociedad y su espacio. Es la apuesta metodológica de la cual partiremos en este texto.

Cuando se habla de morfología urbana, se suele referir al estudio de las formas espaciales que adquiere la ciudad. Evitaremos caer en el escollo de privilegiar la forma sobre los actores sociales; al contrario, pretendemos partir de la idea de que en las transformaciones generales de la ciudad, el "quién" precisa ser asociado a las formas espaciales que enfrente y que interactúan con él.

Para el caso de las ciudades mexicanas y de la Ciudad de México en particular, se puede partir de la siguiente constatación: en primera instancia, la crisis que vivimos en todas las esferas de la vida societaria mexicana no es un freno a las transformaciones morfológicas de la ciudad; tres argumentos sostienen esta afirmación.

En primer lugar debemos reconocer que la crisis se encuentra ligada también a la existencia –frecuentemente conflictiva– de ciertas configuraciones socioespaciales previas; a manera de ejemplo, podemos afirmar que la degradación del Centro Histórico o la expansión de las periferias que se exagera después de los setenta, son procesos extremadamente conflictivos para la ciudad, tanto desde una lectura social como meramente material. En este sentido, ciertos aspectos de la crisis de la ciudad se resienten de la permanencia de configuraciones socioespaciales anteriores que, lejos de permitir una mejor fluidez en las relaciones sociales y su reacomodo territorial, tienden a tornarlas conflictivas, como es el caso de la reapropiación reciente del Centro Histórico por estratos medios, por lo menos en lo que a ocio y diversión se refiere, un regreso habitacional es aún poco perceptible por ahora (Hiernaux, 2003b).

Por otra parte, la crisis afecta la configuración o morfología espacial actual: podemos mencionar las tendencias del mercado inmobiliario hacia el encarecimiento de los alquileres y de la propiedad urbana, mismo que empuja a las familias de extracción modesta hacia fraccionamientos cada vez más distantes, lo que, además, genera una reducción de la densidad poblacional en áreas más céntricas.

Finalmente, salir de la crisis actual puede ser interpretado también desde una dimensión socioespacial: no podemos pasar por alto la reiterada afirmación emitida tanto por la Presidencia de la República como por el gobierno de la Ciudad de México, respecto a que la obra pública –instrumento decisivo de la reforma de la morfología urbana– es una fuente de empleo significativa para enfrentar la recesión por la que transita la economía mexicana.

La segunda constatación –que ya raya a banalidad–, es afirmar que la *puesta en mundialización* de la ciudad es una poderosa variable en la transformación de los espacios urbanos y de nuestras formas de vida. Cabe señalar que la Ciudad de México es un territorio en mundialización, es decir, que ha sido “presentado” al mundo, que “salió” o que ha sido “expuesto” al mundo por ciertas políticas deliberadas de los gobiernos anteriores, avaladas y confirmadas por los actuales.

La mundialización de la ciudad –esta “exposición mundial”–, no significa que la ciudad sea ya plenamente global o mundial, sino, y más sencillamente, que la Ciudad de México no puede ser analizada fuera del entendimiento de lo que autores como Knox, Friedmann o Sassen consideran como un nuevo paradigma para entender las grandes ciudades actuales. Obvio es que ello no implica adoptar ciegamente un discurso que además fue construido para ciudades primermundistas, ni creer firmemente en la mundialización de la ciudad, en la misma forma que hace alrededor de 25 años pretendíamos neciamente que estábamos viviendo en una ciudad “dependiente”.

Para recalcar tanto las dimensiones de la crisis como los efectos de la mundialización, se decidió dividir la exposición en tres partes: la primera se referirá a los efectos de la hipermodernización actual (Augé, 1994), y tocará principalmente los efectos

morfo-lógicos de las nuevas relaciones económicas y sociales con el resto del mundo, pero también una dimensión poco estudiada, aquella que remite a la construcción (en buena medida imaginaria) de una cosmovisión global. Enseguida se analizará la ciudad desde otra perspectiva, la de la pobreza, es decir, desde los sectores más desfavorecidos o perdedores de esta situación.

En la tercera parte de la exposición trataré de situar estos procesos en el entorno espacial de la Ciudad de México, haciendo una síntesis de varias tendencias expuestas en los puntos anteriores.

Los efectos de la modernización

La hipermodernidad, en el sentido del término propuesto por Marc Augé, sería un proceso de aceleración de todas las esferas de la vida societaria, y particularmente de la dimensión temporal de la vida cotidiana. En este sentido, como nuevo proceso o fase de la modernización, tiene que ser insertada en una perspectiva histórica para dar sentido a algunos procesos contemporáneos. La experiencia de la modernidad del siglo XIX sigue siendo válida para analizar los procesos actuales: es a una total puesta en tela de juicio de la viabilidad de mantener la morfología urbana tradicional que se asistió en la fase de la primera modernización intensiva. Bien conocida es la obra del barón Haussman, regente de París bajo el reino de Napoleón III, que desconfiguró –aunque redefinió en una forma más adecuada para la modernidad– el rostro del París antiguo (Chaudun, 2000). El ejemplo mexicano, con las obras porfiristas que modernizaron nuestra capital unas décadas más tarde, no deja de poder ser analizado en el mismo sentido.

Uno de los aspectos más interesantes de la hipermodernidad actual es preguntarse si la expansión de las tecnologías que permiten controlar los procesos a distancia pudiera ser suficiente para reducir las tendencias concentradoras y centralizadoras propias de la primera modernidad. Todo parece indicar que no es así: se ha demostrado que el efecto de aglomeración sigue siendo vigente para modelar la morfología de las ciudades. Es así que asistimos tanto a la permanencia e incluso al reforzamiento de algunas áreas o distritos centrales tradicionales, como son los distritos financieros de las grandes ciudades. Aún más, en las ciudades transformadas en mercados emergentes por la mundialización, se asiste a la formación de nuevas áreas o distritos en el sentido marshalliano, donde se concentran las actividades formales de alto nivel y apertura o presentación al mundo. El “cara a cara”, la relación directa entre personas, que parecería difuminarse frente a las técnicas informáticas y de comunicación, sigue siendo esencial para muchas actividades, como bien lo ha señalado Saskia Sassen (1999).

Lo anterior no significa que las relaciones interpersonales en el modo del contacto

directo sean la única fuente de articulación entre los espacios. Ciertamente las nuevas tecnologías informáticas y de comunicación (conocidas como TIC), no dejan de tener un papel decisivo en la conformación de las ciudades. Esto es particularmente sensible en las macroaglomeraciones o megaciudades, donde los problemas de transporte se han vuelto un escollo decisivo a la movilidad. Por lo anterior, las TIC suelen reemplazar la relación directa cuando ésta no es demasiado central según la relevancia o intensidad interactiva entre actores, en una situación determinada. Por eso, las actividades rutinarias se sustentan cada vez más con este tipo de medio de comunicación: para dar un ejemplo, resulta elemental realizar consultas o transferencias bancarias por la red, pero el recurso directo y la entrevista con un asesor financiero para una inversión importante, no se resolverá de esta manera, sino mediante un contacto directo.

En este sentido, las TIC intervienen en la estructuración morfológica de la ciudad, sea imponiendo nuevas redes y servicios que todos descansan sobre implantaciones materiales concretas, o porque permiten sostener en el futuro formas urbanas que evidentemente resultaría imposible mantener sin el recurso tecnológico del cual se dispone en la hipermodernidad.

En el contexto actual, se evidencia una fuerte valorización de lo moderno como símbolo del progreso aun en tiempo de crisis: segundos pisos viales, edificios “inteligentes”, y otros avatares de la hipermodernidad, son recursos simbólicos esenciales de quienes dirigen el proceso modernizador. Sin ellos, no existirían estos “lugares destacados” (*hauts lieux*, en francés) que hacen que “el mundo al que pertenezco es entonces un conjunto de referencias que comparto con otros” (Maffesoli, 2003:63). Estos lugares específicos –emblemáticos unos o indiferentes otros– son entonces referentes simbólicos de quienes comparten el imaginario de la modernidad avanzada.

También asistimos a una reinterpretación del pasado, una nueva lectura de las marcas físicas de periodos pasados en el entorno físico mismo de las ciudades. Si bien la preocupación por el llamado patrimonio no es nueva en las ciudades, debemos aplicar una lectura distinta al proceso actual.

Por una parte, el patrimonio escapa cada vez más a la simple valorización nacional y se ubica definitivamente en la esfera de lo global. Es así como una institución internacional como la UNESCO otorga certificados de reconocimiento de ciertas obras patrimoniales como “Patrimonio de la Humanidad”.

Más allá del reconocimiento valorativo que esto implica, es también una cierta desnacionalización del patrimonio que acompaña el membrete. En efecto, hay ocasiones en las cuales se trata –a partir de los llamados urgentes de las comunidades culturales internacionales o en ocasiones locales– de proteger el patrimonio mismo en contra de los embates de políticas o intereses nacionales obtusos. Por otra parte, el membrete es un garante evidente de introducción del “lugar destacado” en las rutas del turismo internacional de índole cultural.

Si la reinterpretación del pasado recubriría sólo una dimensión como la anterior, podríamos afirmar que se trata de un proceso radicalmente positivo; pero no es así: también existe una reinterpretación manifiesta por medio de una visión de competitividad. Como lo tratamos en otro trabajo (Hiernaux y Lindón, 2004, en prensa; Hiernaux, 2003c), ciertos fragmentos de la burguesía más ligada a la mundialización han sabido aprovechar la existencia de un capital cultural sólido en sus lugares de origen, para evidenciar una distinción propia –en el sentido bourdiano– y también transformar el pasado materializado en bienes comercializables. En este proceso de privatización simbólica del patrimonio a favor de una clase dominante y de recuperación comercializada (en el sentido del proceso que en la literatura anglosajona se conoce como *commodification*), las huellas materiales del pasado en la morfología misma de la ciudad se han vuelto un elemento no despreciable de las estrategias de rentabilidad de empresas y personas, de tal suerte que las formas urbanas actuales se encuentran sometidas a presiones formidables por parte de estos actores.

También es evidente, y la Ciudad de México lo demuestra cada vez más, que se asiste a una recreación de áreas de convivencia exclusiva de ciertas elites, o una forma de hacer ciudad propia. Hace poco más de medio siglo, este proceso se había localizado entre otros en la Zona Rosa, pero los años de crecimiento económico con su dejo de nacionalismo populista, forzaron a los grupos dominantes a guardar reservas y concentrar su vida social en sus enormes propiedades residenciales. Así, las zonas exclusivas de la Ciudad de México fueron progresivamente degradadas, en particular por medio de la imposición de un turismo masivo, de baja calidad, como el que se ha hecho evidente a partir de los sesenta en la capital y en los destinos de playa (cabe señalar que la misma desaparición de los sitios de *glamour* urbano ha sido visible también en Acapulco).

En la actualidad todo parece indicar un nuevo florecimiento de áreas exclusivas, tanto bajo la forma bien conocida de los centros comerciales, como también y quizá sobretudo por la aparición de barrios o distritos de lujo, donde florecen restaurantes elegantes y para las mayorías inaccesibles, boutiques más caras que sus equivalentes en ciudades desarrolladas, y una vida cada vez más calcada en la exclusividad que los estratos ganadores de la mundialización pretenden imponer a ciertas partes de la ciudad.

La exclusión social se traduce por una exclusión espacial y una segregación significativamente más elevada que por el pasado. Implica también nuevas formas de relacionarse con y en el espacio, y en el espacio, que derivan en un uso creciente de helicópteros para el desplazamiento de cierto tipo de burguesías, por ejemplo, así como en la proliferación de espacios residenciales cerrados de alto lujo y seguridad.

Frente a la imagen de la ciudad más tradicional que pertenecía a un pasado menos competitivo, socialmente más homogéneo y con seguridad más justo, aparecen enton-

ces cosmovisiones innovadoras, en particular porque la forma de concebir la ciudad, en especial su morfología, es radicalmente diferente del pasado.

Por una parte, como ya lo sostuvimos, se afirma una tendencia a remarcar la diferencia frente a la expansión de lo que el arquitecto holandés Remi Koolhaas ha llamado la "ciudad genérica". Se evidencia lo que hace la ciudad distinta: un centro, ciertos barrios con valor e identidad, parques, infraestructuras culturales viejas o montadas de la nada como es el caso del museo Guggenheim en Bilbao, entre otros fragmentos rescatables para ese fin.

Pero también es una cosmovisión en la cual la ciudad es vista como soporte de una competitividad creciente, lo que desemboca en un ensayo de ordenamiento diferente de la ciudad, y la aparición de una planeación estratégica, o por lo menos de sus visiones, aunque distamos mucho de haber podido integrar sus instrumentos particulares, quedándonos en una planeación normativa del siglo pasado. La proliferación de un modelo de ciudad "a la Barcelona" que empieza a ser criticado tanto desde dentro como desde Latinoamérica, es signo de este modelo.

No es de extrañar que el jefe de gobierno de la Ciudad de México se jacte de haber emprendido una nueva política urbana en la cual el sector privado está presente: no hace más que ponerse al tono con lo que las autoridades de Barcelona y sus voceros semioficiales (y semiacadémicos también) han pregonado a lo largo del continente. Claro es que el modelo además se ha vuelto criticado desde dentro: en fechas recientes (enero 2004) se realizó una fuerte protesta en Barcelona, liderada por quienes consideran que los efectos de la modernización de la ciudad y la puesta en marcha del programa Barcelona 2004, son muestra de que la ciudad se encuentra cada vez más en manos de las grandes corporaciones.

Concluyendo esta parte, sólo cabe reiterar que la morfología de las grandes ciudades actuales, y por lo que nos interesa particularmente la Ciudad de México, se encuentra sometida a presiones extraordinarias, por un haz de factores entre los cuales hemos reconocido la crisis económica en sí (tema que se hará más evidente cuando lo enfoquemos a continuación desde la pobreza), la mundialización, las nuevas tecnologías, pero también ese reacomodo social sustancial que atribuye a las burguesías gestoras de la globalización y a las grandes corporaciones mundiales, un papel decisivo en el cuestionamiento de la morfología y del modelo general de ciudad, tanto en México como en otras partes del mundo, léase América Latina, Europa o Asia.

Los efectos de la pobreza

Una lectura del tema central de nuestro texto desde la pobreza, aporta otra ilustración a los procesos que empezamos a dilucidar en las páginas anteriores. Reconstruir una

visión integral de la ciudad, no puede evidentemente dejar de lado a los contingentes mayoritarios de quienes no ganan con la globalización, sino que, más bien, muestran signos de retroceso importante en sus condiciones de vida frente a aquellas que prevalecían hace 20 o 30 años.

Un primer aspecto que se suele recalcar es la reducción del empleo asalariado concomitante con diversos factores, entre éstos la informalización creciente del mercado laboral. Pero limitar el análisis a la dimensión laboral y sus secuelas por interesantes que sean, dejaría de lado un elemento muy importante. La informalización creciente es también una lucha por el espacio público y una transformación de éste con una intensidad y una direccionalidad que no podemos aún percibir nítidamente.

En primer lugar, la informalización laboral implica una refuncionalización de ciertas porciones del espacio público como aceras, calles, plazas, salidas de Metro, etcétera. En cierta forma, se asiste a una refuncionalización morfológica más importante, que sustrae porciones significativas de espacios públicos –por lo general estratégicas para la vida de la ciudad–, para transformarlos en espacios semiprivatizados por el ambulante, la pequeña producción callejera, etcétera.

De tal suerte, las reglas de entendimiento y de diseño de los espacios públicos propias de la planificación normativa tradicional, pero también como normas asumidas por la población en general hace unas décadas, se encuentran totalmente trastornadas por las nuevas funciones impuestas por quienes se han apoderado de estos espacios. Se trata de una informalización privatizadora de los espacios públicos, lo que no deja de tener efecto sobre la proliferación de espacios de respuesta a esta situación: macro centros comerciales, pero también pequeñas áreas de boutiques protegidas, para volver a otorgar un espacio público a los transeúntes o, por lo menos, crear espacios semipúblicos similares, pero de calidad y condiciones de seguridad aceptables por las clases medias y altas. Es de recordar que, desde los primeros momentos de la modernidad comercial, la puesta en exhibición de la mercancía se ligó a la creación de un espacio público, la calle, aun si la mercancía quedaba separada del comprador por el aparador. Pero desde antes, los mercados, tianguis y ferias fueron, por esencia, una función prioritaria en la ocupación del espacio público.

Lo anterior no deja de evidenciar nuevas formas de lucha social crítica sobre el espacio y de plantear nuevos retos para entender el espacio urbano actual en su compleja morfología socioespacial.

Por otra parte, se asiste a una pérdida del carácter normalizado del espacio y el aumento de las zonas “grises” en la ciudad (Tepito, Iztapalapa, Chimalhuacán), tanto en áreas centrales como periféricas, que inquietan sobradamente a las autoridades. En efecto, las áreas “grises” que escapan cada vez más al control público, se han vuelto bases de operación del comercio ilegal de contrabando, de espacios de seguridad para bandas delictivas, pero también de soporte logístico para las mafias de las drogas. El

caso de Tepito parece particularmente interesante, porque más allá del reconocimiento del valor de una vida urbana tradicional en vía de desaparición, no se puede negar la presencia del hampa y la desarticulación del área con respecto al funcionamiento más o menos normalizado del resto de la ciudad.

Cabe subrayar que las nuevas periferias como el Valle de Chalco en el sureste de la metrópoli, se encuentran también en situaciones particularmente complejas, aunque no tan dramáticas como los casos antes citados. Finalmente, destacamos que en la periferia lejana, es decir, las áreas de transición rural-urbanas como San Salvador Atenco, Jalatlaco o incluso en municipios más distantes pero fuertemente ligados con la metrópoli como Tlalnepantla, Morelos, el mismo tiempo de retroceso en la normalidad se hace cada vez más presente.

Por el desconcierto que provocan esas situaciones no usuales, las tendencias represivas no han dejado de permear incluso en gobiernos considerados como democráticos como el que actualmente despacha en la Ciudad de México; ahora es común en el discurso y la práctica oficial no vacilar en recurrir a lo peor del neoliberalismo represivo urbano de Estados Unidos: Giuliani. Tampoco es de extrañar que el dirigente del Partido Acción Nacional (PAN) en la capital haya lanzado la grotesca propuesta de expropiar Tepito.

Este tipo de situación lleva a una suerte de “repolitización” del espacio, entendida desde una doble perspectiva: una desincorporación de territorios en la que se debería ejercer la ciudadanía en su marco democrático y legal y, en contraparte, la politización del espacio desde la lucha entre actores donde la violencia y la pérdida de control por parte de las autoridades es creciente, sobre todo por su incapacidad de enfrentarse con organizaciones que se combaten entre sí y que se enfrentan a las autoridades con armas, tecnologías y tácticas inusitadas, como es el caso de las mafias coreanas, chinas o de la droga que han invadido varias partes de la ciudad, citando, a manera de ejemplo, Iztapalapa o el Centro Histórico.

En este contexto de desmoronamiento de la legalidad, frente a una ciudad difícil de entender y controlar, no es extraño que proliferen nuevas visiones individualistas que defienden modelos parciales y fragmentados de ciudad. Por una parte, se trata del hecho de cerrar cada vez más las colonias y los barrios; por la otra, es el refugio hacia una periferia idealizada. La valorización de la periferia no es sólo el hecho de las clases altas refugiadas en las alturas de la ciudad (en sus colinas periféricas, cada vez más en torres residenciales a la imagen de Sao Paulo) sino también de los sectores populares, los cuales pueden desarrollar su esfuerzo personal hacia cierta imagen del progreso, introduciéndose, como bien lo ha afirmado Alicia Lindón, en “el mito de la casa propia” (Lindón, 1999; 2000 y 2002).

Hay un incontestable efecto de copiado y de sumisión de las clases populares a los imaginarios urbanos de las clases dominantes: por eso es que proliferan las “plazas

comerciales" periféricas, donde sólo se encuentran bienes de primera necesidad; las colonias modestas son también cerradas en ocasiones, y sus habitantes suelen repetir las modas y los gustos de los grupos afortunados, tanto por el uso de ropa pirata, como viendo sus películas mediante copias ilegales o comiendo pálidos reflejos de sus preferencias gastronómicas. Una suerte de efecto de copiado que preferimos llamar "piratería de imagen" que suele tocar no sólo a los objetos materiales, sino también a la forma urbana y residencial y se extiende con fuerza en los imaginarios urbanos populares.

La morfología de la ciudad, pistas geográficas

Intentaré ahora, a manera de conclusión, dar algunas indicaciones de la lectura geográfica sintética que emerge de los procesos manifestados anteriormente, en torno a la distribución y articulación espacial de estos fenómenos ya mencionados, como un esfuerzo de síntesis para aportar un ensayo de visión integral de la ciudad, leída desde su morfología. Los cuatro procesos espaciales más importantes que podemos observar en la ciudad actual son los siguientes: extensión, otredad, disfrazamiento, policentralización.

Extensión

Por "extensión" entendemos el proceso por el cual la ciudad se amplía territorialmente para dar cabida a estos nuevos espacios fragmentados entre sí. En efecto, sabemos que la ciudad no ha crecido demográficamente en forma espectacular como en el pasado, pero sí ha duplicado su extensión territorial. Lo anterior es resultado de los procesos que se señalaron en las páginas precedentes. La ciudad se recompone por la separación o fragmentación que precisa de nuevos espacios para ubicarse. Así, como ya se mencionó, la periferia es ahora el lugar por excelencia donde se busca el imaginario de la casa propia, de la seguridad, de la separación con el "otro" amenazante. Un recorrido por la carretera a Puebla, a la altura de Valle de Chalco, muestra cómo se ha extendido en forma desmesurada el espacio urbano, con claras diferenciaciones en la morfología espacial entre ambos lados de la carretera, tanto por calidad de vivienda como por quienes fueron los edificadores, aun si se puede demostrar que los niveles económicos de los pobladores no son una variable discriminante entre ambos bordes.

La extensión es también aquella que propician los sectores pudientes, por medio de la expansión occidental de la ciudad, cuyo punto de fuga (quizá rápidamente alcanzado) es Toluca. La ciudad se convierte así en un territorio en marcha, un espacio

recompuesto en su morfología a partir de la extensión –una de sus características básicas– y, sin lugar a duda, también como efecto de la adopción de modos de vida estadounidenses y de sus consecuentes visiones de la ciudad.

Otredad

El espacio urbano actual ha sido invadido por la otredad: en este caso, son dos procesos que contribuyen a la misma. Por una parte, el reconocimiento por fin asumido de la existencia de grupos que se distinguen entre sí por diferencias culturales y conductuales sobre el espacio. Las investigaciones recientes sobre indígenas, entre otras, contribuyen a levantar el velo de la otredad cultural.

Es también a partir de la imposición combativa del reconocimiento de la diferencia de grupos que buscan una identidad más “tribal” en una ciudad ciertamente más competitiva en la actualidad. El surgimiento en el contexto urbano de identidades múltiples, es fruto de las reivindicaciones de sectores reprimidos como es el caso de las minorías sexuales, de grupos con reivindicaciones religiosas o culturales distintas, situación que ya tiene tradición en otras ciudades, aunque menor en la Ciudad de México. Pero lo anterior se refleja también por medio de la imposición de identidades de corte global, propias de clases adineradas y de los sectores medios que no vacilan en imitarlas; se integran a la trama social de la ciudad nuevas identidades –no usuales– impuestos desde varios resquicios de la sociedad metropolitana.

Claramente las identidades de este tipo pueden modelar el espacio para su apropiación, sea en la forma efímera de una marcha del orgullo homosexual, por ejemplo, sea en el más perenne “emburguesamiento” de ciertos barrios tradicionales, recuperados por algunos sectores pudientes.

Asistimos al avance de mecanismos que operan desde los imaginarios y se expresan en el espacio: excluyen y dividen, creando dos visiones bien distintas de la ciudad, que se traducen en una suerte de ruptura creciente entre este y oeste, la cual merece ser estudiada desde los mismos imaginarios de los habitantes de la ciudad y no sólo desde las huellas morfológicas que deja en la ciudad.

Disfrazamiento

La necesidad de referentes espaciales o lugares fuertes de identificación, es también la ocasión de constituir “lugares del disfrazamiento” de lo otro y en ocasiones transformaciones del mismo en elementos recuperables por los segmentos sociales que

demandan estos lugares fuertes.

Es muy notorio que los espacios tradicionales, aquellos que antaño eran portadores de una vida urbana particularmente rica, variada y compleja, sean los principales objetivos de esta recuperación que los modifica y reasigna en un sistema de valores y significados distintos. Este proceso es a todas luces un disfrazamiento, y es en particular evidente en la transformación turística de los centros históricos de las ciudades, como se puede observar en la Ciudad de México o en la Habana, entre otros muchos casos. En este sentido, se ha usado el término de “turistificación” de la ciudad, para representar una suerte de superposición de modos de apropiación propios al turismo sobre los espacios tradicionales que conservan en cierto grado su aspecto y paisaje anterior, aun si la funcionalidad ha cambiado. El turismo, pero no sólo éste, crea una suerte de “espacio travesti” que en ciertas ocasiones no es percibido como tal, ya que se reivindica la calidad tradicional y la historicidad misma del espacio (en el caso de los centros históricos y de los espacios patrimoniales en general), y en otras ocasiones es una reconstrucción de una realidad virtual a la cual el turismo contribuye, admitiendo que el espacio es disfrazado (las Vegas, por ejemplo) para representar algo que no existe como tal (véase también el caso de las “burbujas turísticas”).

El disfrazamiento de la ciudad actual, su carácter travesti, rebasa ampliamente la dimensión turística: en materia de seguridad o de democracia, el travestismo se hace presente, por ejemplo al calificar de “seguros” ciertos espacios que distan bien de serlo, o a esconder el carácter privado de espacios que se presentan como públicos (por ejemplo las tiendas departamentales o los centros comerciales). La ciudad del disfraz es también una consecuencia evidente de la expansión de la ciudad del espectáculo ampliamente descrita y criticada por Guy Debord y varios miembros de la Internacional Situacionista desde los sesenta (Sadler, 1998).

Policentralización

Finalmente, mencionaremos la tendencia a la policentralización como la expresión más oportuna –a defecto de otro concepto–, para caracterizar la integración de nuevas funciones de centralidad o nuevas formas de ejercer estas funciones en espacios no tradicionales, como por ejemplo los centros comerciales vueltos espacios de ocio más que de venta (venta de servicios y de imágenes más que de productos).

La policentralización va evidentemente en contra de todos los postulados de planeación tradicional y de modelos urbanos marcados por el funcionalismo, que tendía a asignar una función central a un solo espacio, por lo general el centro tradicional “histórico” de las ciudades. Sin embargo, es notable que la creación de nuevas centralidades no se alcanza en la forma progresiva y acumulativa del pasado, sino por

una fuerte inversión económica y simbólica sobre espacios predeterminados, por lo general mediante recursos corporativos, que eluden asimismo la pluralidad de funciones y la complejidad de los espacios propios de una verdadera ciudad, si éstas no corresponden a su modelo de lucro.

Reflexiones finales

No puede ofrecerse un cierre a una discusión sobre la existencia de un modelo global de ciudad ni a un intento como éste de presentar algunos rasgos que permiten caracterizar la ciudad en forma integral, frente a los muchos ensayos que tratan de delimitar y analizar ciertos espacios o aspectos particulares de la vida urbana.

Existen, sin embargo, líneas de fuerza, grandes procesos transversales que articulan la transformación de la sociedad urbana actual y, por lo que nos interesa en este caso, la sociedad de la Ciudad de México, con la modificación relativamente veloz de su morfología: como podemos afirmarlo coloquialmente, la ciudad actual no es la de nuestros padres y no hay lugar a duda para afirmar que la ciudad de mañana será muy distinta de la actual.

Por tanto, persiste el reto de entender globalmente la ciudad, lo que implica también la capacidad para recoger los fragmentos de explicación que surgen de los estudios parciales, temáticos o locales, y construir este marco de explicación que deberá distar también de remitir sólo a algunas consignas propias de un discurso preestablecido, sea cual sea su origen ideológico. En esto yace el verdadero reto para el investigador del hecho urbano.

Bibliografía

- Augé, Marc (1994). *Los no lugares*, Gedisa, Barcelona.
- Bidou, Catherine, Daniel Hiernaux y Hélène Rivière d'Arc (eds.) (2003). *Retours en ville*, Descartes & Cie, París.
- Chaudun, Nicolas (2000). *Hausman au crible*, Editions des Syrtes.
- Hiernaux-Nicolas, Daniel (2003a). "Le travail de terrain et les études urbaines au Mexique", *Problèmes d'Amérique latine*, núm. 43, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique latine, Université de la Sorbonne Nouvelle, París.
- (2003b). "La réappropriation de quartiers de Mexico par les classes moyennes: vers une gentrification?", *Retours en ville*, Catherine Bidou, Daniel Hiernaux y Hélène Rivière d'Arc (eds.), Descartes & Cie, París, pp. 205-240.

- (2003c). “Cosmopolitanismo y exclusión en las ciudades globales”, *Pobreza urbana (perspectivas globales, nacionales y locales)*, v.v.a.a., Miguel Ángel Porrúa y Gobierno del Estado de México, Toluca, pp. 59-70.
- Hiernaux-Nicolas, Daniel y Alicia Lindón (2003). “Pratiques et stratégies résidentielles dans la vallée de Chalco, périphérie de Mexico”, *Dynamiques résidentielles dans les villes du Sud*, núm. 25, Revista *Autrepart*, IRD, Institut de Recherches pour le Développement y Editorial de l’Aube, París, pp. 123-136.
- (2004, en prensa). “Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la Ciudad de México”, *Documents d’Analyse Géographique*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Laplantine, François (2003). *De tout petits liens*, Editions Mille et Une Nuits, París.
- Lindón, Alicia (1999). *De la trama de la vida cotidiana a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, El Colegio de México-El Colegio Mexiquense, México, 488 p.
- (2000). “La espacialidad del trabajo, la socialidad familiar y el ideario del progreso. Hacia nuevos modos de vida urbanos en el Valle de Chalco”, *La construcción social de un territorio emergente: El Valle de Chalco*, El Colegio Mexiquense, pp. 289-313.
- (2002). “El significado de la ‘casa’ en la periferia metropolitana de la Ciudad de México”, *Séptimas Jornadas de Sociología: Ciencias Sociales e Interdisciplina: Espacio, Sociedad y Cultura*, UAM-Iztapalapa, México.
- Maffesoli, Michel (2003). *Notes sur la post-modernité: le lieu fait lien*, Institut du Monde Arabe et Editions Le Félin, París.
- Nogué Font, Joan y Joan Vicente Rufi (2003). *Geopolítica, identidad y globalización*, Ariel (Colección Ariel Geografía), Barcelona.
- Roncayolo et al. (2003). *De la ville et du citoyen*, Editions Parenthèses, París.
- Sadler, Simon (1998). *The situationist City*, MIT Press, Cambridge, Mass.
- Sassen, Saskia (1999) [1991]. *Las ciudades globales*, Nueva York, Londres y Tokio, EUNDEBA, Buenos Aires.
- Serfaty-Garzón, Perla (2003). *Chez soi: les territoires de l’intimité*, Armand Colin,